

de los cuales leemos á veces pasajes, y que se llaman la Santa Escritura, ó sea la palabra de Dios? ¿No es con el objeto, de que la estudiemos? ¿No es con el fin, de que alimentemos nuestras almas con las verdades, que encierra?...

¡Y nosotros tenemos á ménos hacerlo, perdiendo muchas veces el tiempo en lecturas frívolas é inútiles; y no dedicamos un momento á la lectura y á la meditación de las verdades evangélicas!... ¿Decidme, pues, ¿es esto tener el respeto debido á la palabra de Dios? ¿No es, por el contrario, tratarla con desprecio?... ¿Qué no? supongamos, que hubieseis dirigido una importante carta á un amigo ausente. Será, si os place, un padre, una madre que escribe á su hijo, alejado del país, alistado en la milicia ó, como hemos visto á tantos, prisionero entre enemigos crueles y desapiadados... ¿Qué pensaríais, si este hijo, si este amigo, no quisiera aun abrir vuestra carta, rechazándola con indiferencia y desdenando la lectura de la misma? « ¡Ingrato, sin corazón! diríais; nos menosprecia á nosotros, que sólo pensabamos en él, y para consolarle, endulzar su destierro y ayudarle á soportar mejor el tedio de la ausencia, le enviamos noticias del país. » Pues bien hermanos míos, ¿no tiene Dios con nosotros mayor motivo para hacernos reproches más justos y merecidos? Su palabra, contenida en las santas Escrituras, no es otra cosa, sino cartas, que nos vienen del cielo...

¡Y descuidamos abrirlas, leerlas y aprenderlas! ¡Ah, confesémoslo, somos ingratos y no tenemos para con esta palabra el respeto que reclama de nosotros!

PERORACIÓN. Oh amados hermanos míos, no lo hagamos, pues, así! Penetrémonos del profundo respeto, que se merece esta augusta palabra, con la cual Dios en su misericordia se ha dignado darse á conocer á nosotros y revelarse á nuestra pobre inteligencia. Su autoridad es sagrada, creamos en todo cuanto nos enseña. Pasarán los cielos y la tierra, pero las verdades afirmadas en nuestras santas Escrituras no pasarán<sup>1</sup>. A pesar de los sar-

1. Mat. xxiv, 35.

casmos de los impíos, á pesar de todas las ataques del infierno, permanecerán siempre vivas, siempre firmes é inmóviles como la roca, contra la cual vienen á estrellarse todas las tempestades...

Sí, o Jesús, creemos con todo nuestro corazón en todo cuanto nos dice vuestra palabra; dignaos con vuestra bondad disponer nuestras almas á recibir bien esta divina semilla; ¡que no sean éllas ni un camino trillado, ni un terreno pedroso, ni un campo estéril, en donde las espinas la ahoguen! No, que nuestras almas sean, por el contrario, por un efecto de vuestra gracia, una tierra favorablemente preparada para recibir esta semilla bendita! Que el fruto, que en élla produzca, sea el ciento por uno!

Escucharémos atentamente esta santa palabra, cuando se nos anuncie, para conservarla en nuestros corazones y practicar sus enseñanzas... Queremos en el interior de nuestras casas, en medio de nuestras familias, abrir vuestro Evangelio, leyéndole con respeto y oyendo sus enseñanzas con fidelidad, para hacer de él el más precioso alimento de nuestros espíritus; porque sabemos, ó Jesús, que vuestras palabras son palabras de vida; bendecid estos sentimientos y resoluciones, grabadlas profundamente en nuestro corazón, y hacednos la gracia de permanecer siempre fieles á éllas... Así sea.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DOMINGO DE QUINQUAGÉSIMA.

(Luc. xviii, 31, 43.)

**Dureza de los hombres para con el ciego de Jericó; bondad de Jesús con respecto á él.**

TEXTO. *Stans autem Jesus jussit illum adduci ad se.* Parándose, pues, Jesús mandó se le trajesen.

EXORDIO. Hermanos míos, leemos en el Evangelio del presente día, que Jesús, despues de llevar aparte á sus doce apóstoles, les dijo: « Hé aquí que vamos á Jerusalem, y tendrán cumplimiento todas las cosas, que del Hijo del Hombre están escritas por los Profetas. Porque será entregado á las gentes, será burlado, azotado, escupido, y despues que le hayan azotado, le quitarán la vida, mas al tercer día resucitará. Pero ellos no entendieron nada de ésto, y semejante discurso era para ellos impenetrable, y no entendían lo que les decía. Sucedió, pues, que acercándose á Jericó, un ciego estaba sentado junto al camino, pidiendo limosna. Y oyendo la mucha gente, que pasaba, preguntó que era aquello. Dijéronle, que pasaba Jesús Nazareno. Y clamó, diciendo: Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí. Y los que iban delante le reñían, diciéndole que callase. Pero él clamaba mucho mas: Hijo de David ten misericordia de mí. Parándose, pues, Jesús, mandó que se le trajesen. Y cuando estuvo cerca, le preguntó, diciendo: Qué quieres que haga contigo? Y él dijo: Señor, que vea: Y Jesús le dijo: Vé, tu fé te ha hecho salvo. Y luego vió, y le seguía engrandeciendo á Dios. Y todo el pueblo, viéndolo dió á Dios alabanzas. »

Este Evangelio, hermanos míos, segun habéis podido observar, encierra dos partes. En la primera anuncia Nuestro Señor á sus Apóstoles la Pasion, que debía sufrir poco tiempo despues. Predice tambien á ellos su resurrección, pero como lo observa el Evangelista, no le comprendieron. En la segunda parte se cuenta la curación de un ciego, que mendigaba en el camino de Jericó.

PROPOSICIÓN. ¿ Debo, con motivo de este Evangelio, hablaros de los sufrimientos de nuestro divino Salvador, que en él mismo se encuentran predichos y reasumidos en pocas palabras? Tal vez, la intencion de la Iglesia, al recordárnoslos hoy, sea la de precavernos contra esta ligereza, esta disipación excesiva, que tienen lugar en los días de Carnaval, y contra las cuales élla protesta, deseando que todos sus hijos se dispongan de un modo conveniente para el tiempo santo de Cuaresma, que debe ser un tiempo de penitencia... ¿ Debo acaso mostraros, que en las ins-

tancias, que hace este pobre ciego para obtener su curacion, se nos ofrece un modelo, que debemos seguir nosotros, pobres pecadores, rogando con fervor, á fin de que, durante estos días de gracia, en los cuales vamos á entrar, se digne Dios curarnos tambien de nuestra ceguera? Pero de estas verdades tendrémós ocasion de hablaros durante los ejercicios de la Cuaresma, que os aconsejamos sigáis con asiduidad. Esta mañana, fijándome en una circunstancia sencilla del relato evangélico, os hablaré de la diferencia que hay, bajo el punto de vista de la compasión, entre los hombres y nuestro Señor Jesucristo.

DIVISION. Dureza, insensibilidad de los hombres con respecto á aquel pobre ciego, tal será mi *punto primero*; dulzura y misericordia, con que Jesucristo hace, que se le acerque y le concede su curación, tal será el tema del *punto segundo* de esta instruccion.

*Primera parte.* Aquel pobre ciego, de quien habla nuestro Evangelio, estaba pues allí, sentado cerca de las puertas de la ciudad de Jericó, tendiendo la mano y pidiendo limosna á los transeuntes...

Habréis visto á veces en las ciudades, ó en las puertas de nuestras iglesias, igual espectáculo; vuestro corazon sin duda se habrá conmovido de compasión. Pero aquí no se trataba de un mendigo ordinario. Al dar su nombre y el de su padre <sup>1</sup>, san Márcos, el Evangelista, nos autoriza á creer, que aquel pobre pertenecía á una familia, que había gozado de cierto bienestar; que á consecuencia de esas revoluciones de fortuna, tan frecuentes en la vida, se vió reducido á la miseria y volviéndose ciego, se veía obligado à pedir limosna... ¡ Pobreza bien digna de compasion!...

No obstante, hermanos míos, ved como le tratan los hombres. Al oír el rumor extraordinario de la multitud, él se informa. — Es Jesús, dicenle, quien va á pasar. — Sabe, sin duda que este adorable Salvador ha curado ya á varios enfermos; de repente,

1. Marc, x, 46.

apodérase de él una dulce confianza. ¿ No podría también él obtener su curación? Nace la esperanza en su corazón. *Jesús, hijo de David*, exclama, *ten misericordia de mí!* Pero, los que iban á la cabeza del cortejo, sin compasión de su estado lastimoso, sin atender á su fé, no veían en aquel grito, que él lanzaba, en aquella sencilla súplica, que él repetía, sino un quejido molesto, que chocaba á sus oídos... Le reñían, *increpabant*<sup>1</sup>, le amenazaban, *comminabantur*<sup>2</sup>, para obligarle á callarse. — Qué! este pobre desgraciado reclama su curación; qué! él se dirige á Jesús para obtenerla, y esta multitud que acompaña triunfalmente al Salvador, y tal vez los Apóstoles mismos le reprenden, le censuran por su confianza y llegan hasta á amenazarle!...

Hay aquí, hermanos míos, algo de notable y de misterioso; sin duda lo permitió Dios para instrucción nuestra. Probemos de comprenderlo bien...

Esta muchedumbre, que acompañaba á Nuestro Señor, los Apóstoles mismos eran aun muy poco instruidos, ellos no comprendían más que á medias las enseñanzas del divino Maestro, aun no tenían esa plenitud de luz y de caridad, que debían darles las últimas enseñanzas del Salvador y la bajada del Espíritu Santo... Raciocinaban como hombres, en vez de pensar como verdaderos discípulos de Jesucristo. Era también quizás por afecto hácia su Maestro, á fin de evitarle la vista de un objeto desagradable, ahorrarle un tiempo de parada en su marcha; qué sé yo?... Pero en fin, ellos obraban humanamente... ¿ No se ven, efectivamente, á menudo sirvientes, que se creen adictos, obrar de esa manera y evitar á sus amos las emociones saludables, que les causaría el espectáculo de la pobreza y del sufrimiento?...

Pero decidme, amados hermanos míos, ¿ comprendéis esa insensibilidad, esa dureza de la multitud para con aquel pobre ciego? Nó, porque sois cristianos, porque teneis la fé; un pobre es para vosotros el representante de Jesucristo, y ninguna miseria se muestra á vuestros ojos, sin que se enternezcan vues-

1. Luc, XVIII, 49. — 2. Marc, XI, 48.

tros corazones, y sin que procuréis aliviarla... Pero, ved á vuestro alrededor á los que no tienen la fé, á los que han olvidado ellos preceptos de nuestra santa religion; ¿ no son las más de las veces duros y sin compasión para con sus hermanos, que están en la indigencia? Á aquel que viene á tender la mano, ante su puerta, para pedir un pedazo de pan en nombre de Dios; á aquellos pobres más interesantes todavía, que visitados por la vejez, la enfermedad y otras penalidades, se ruborizan, en cierta manera, de tender la mano y viven de lágrimas y privaciones al lado de su hogar sin fuego, ¿ qué es lo que dicen esos hombres sin religion y sin fé? « Vosotros sois unos perezosos, unos borrachos, unos pródigos. » Miserables! ¿ acaso estas injurias dan pan á los que no lo tienen?... La mano, que se tiende á vuestra puerta, es tal vez la de un hombre honrado, la de un valiente obrero; si vosotros no queréis tocarla, ah! al ménos no la insultéis!... ¡ Qué duros y crueles son los hombres para con sus hermanos pobres y enfermos!... Sin la religion, cuán desgraciados serían los pobres!...

Yo querría también, hermanos míos, mostraros la injusticia, la dureza, la crueldad de los hombres para con los pobres pecadores. Estos no son, sin embargo, los preceptos, que ha dado nuestro divino Salvador, ni la conducta, que ha tenido!... Que un hombre, que haya vivido hasta aquí en la indiferencia, que una persona, cuya juventud se haya pasado en medio de las frivolidades, ó que hasta haya dado el escándalo de una caída pública; que esta persona, digo, recurra á Jesucristo, como el pobre ciego de nuestro Evangelio, que venga con una fé viva y súplicas insistentes á pedirle su curación, se murmurará, se criticará... A veces, aun las personas, en apariencia las más cristianas, se mostrarán las ménos indulgentes. Como si la misericordia de Dios debiese estar á merced suya, y no fuese toda para los pecadores!... « Un tal confesarse! un tal convertirse! » se dirá, « oh! verdaderamente la religion es ancha; no hya necesidad de inquietarse para salvarse!... » Almas ignorantes y sin entrañas, ¿ no sabeis, pues, lo que Jesús ha venido á hacer acá en la tierra?...

He venido, nos dice él, no para llamar á los justos, sino para salvar á los pecadores!...<sup>1</sup>. ¡ Cuidado que vosotros, que juzgáis tan severamente á los demás, no seáis como los Fariséos y orgullosos, raza particularmente odiosa al corazón de aquel divino Salvador! Qué? Cuando Jesús bajaba á casa del pecador Zaqueo, habríais sin duda murmurado, y sin embargo hacía de él un santo?... Cuando llamaba al publicano san Mateo, habríais lanzado gritos de censura; no obstante, era un apóstol, un evangelista, á quien iba á escoger<sup>3</sup>! Pero, ¿ qué habríais dicho, cuando con gran escándalo de los Fariséos, santa Magdalena, la pecadora famosa, venía á arrojarse á sus pies, á regarlos con sus lágrimas; cuando él le decía, que muchos pecados le eran perdonados!<sup>2</sup>; cuando de aquella mujer débil y pecadora hacía la amiga de la Virgen, y el modelo de la más heroica penitencia?... No, vosotros, que juzgáis tan severamente á los pobres pecadores, que se convierten, vosotros no conocéis á Jesús; ignoráis su corazón, su misericordia y su amor; vosotros sois Fariséos!...

*Segunda parte.* Ved, por el contrario, hermanos míos, la admirable bondad, que usa nuestro Señor para con aquel pobre ciego. « Cállate, hábale dicho la multitud, no nos molestes con tus gritos; vuélvete y déjanos pasar. » Mas el ciego gritaba siempre: *Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí.* En vano se le reñía, vanamente se le amenazaba; un secreto presentimiento, qué digo! una fé viva, que la gracia de Dios había puesto en su corazón, le hacía esperar su remedio... Él persiste en sus ruegos... Jesús le oye, se detiene, manda que le traigan á su presencia á aquel pobre mendigo... Dulce Jesús, ¡ cuán bueno sois! Todos abandonan á aquel desdichado, se alejan de él, se le rechaza. Pero vos, os detenéis, á vuestra misericordia está reservado tener compasión de él. *Tibi derelictus est pauper*<sup>5</sup>. El espectáculo de su miseria, sus ojos sin vida, apagados, acaso ulcerados, son para todos objeto de asco... Pero vos, ó misericordioso

1. Mat., ix, 13; Marc, ii, 17. — 2. Luc, xix, 5 y siguientes.

3. Mat., ix, 9 y siguientes. — 4. Luc, vii, 37 y siguientes.

5. Ps. x, 14.

Salvador, vos habéis visto su corazón, vos conocéis su fé, vuestras miradas se detienen en él con ternura. *Oculi ejus in pauperem respiciunt*<sup>1</sup>. ¡ Oh hermanos míos, si nosotros pudiéramos comprender bien la bondad de Jesús, y sobre todo, si nosotros procurásemos imitarla, cuán dichosos seríamos!...

Pero ahondemos aun mas profundamente en este asunto; ¡ es tan dulce, tan consolador profundizarlo!... ¡ Véis á Jesús, deteniéndose para consolar á un mendigo!... Los historiadores han contado con admiración un rasgo de bondad, atribuido al emperador Trajano. Un día que aquel príncipe, en medio de su ejército, rodeado de todos sus oficiales, avanzaba con gran pompa, disponiéndose á una batalla, que debía dar próximamente, una pobre mujer viuda, dicen, vino á su encuentro. — Príncipe, le dijo élla, tengo necesidad de hablaros. — Más tarde, respondióle el emperador. — No, prosiguió élla, es una justicia, que yo reclamo, y vos no podéis diferirla. — Tranquilizaos, le contestó el emperador, á mi regreso yo os concederé lo que me pidiéreis. — Príncipe, continuó la mujer, muchos van á la guerra y no vuelven, vos podeis ser de este número. — Pues bien! replicó Trajano, mi sucesor os hará justicia. — Sí, continuó la viuda, puede ser; pero lo que hay de seguro, es que vos habréis perdido el mérito de habérmela hecho por vos mismo. Impresionado, con esta reflexion, aquel príncipe se apeó del caballo, examinó la causa de aquella viuda y concedióle lo que élla pedía. Condescendencia y bondad, que parecían tan admirables á san Gregorio el Grande, que creía que Dios se lo había tenido en cuenta en la otra vida á aquel emperador pagano<sup>2</sup>. Y, en efecto, dejando solo á Dios el derecho de apreciar y recompensar aquella acción, confesémoslo, por parte de un pagano es digna de admiración... Detenerse é interrumpir su marcha, para acoger las súplicas de una humilde viuda y hacerle justicia, para un príncipe cristiano esto sería sencillamente un deber, pero para un pagano, esto era cosa sorprendente...

1. Ps. x, 9.

2. Véase la Vida de san Gregorio el Grande, por el diácono Juan.

Perdónadme, ó dulce Jesús, el haber citado este rasgo, para hacer mejor entender vuestra bondad, vuestra misericordia inefable, que supera á la de los hombres, tanto como el cielo á la tierra... Jesús se detiene, no para escuchar á una viuda, que tiene derecho á la justicia, que reclama, sino para acoger á un pobre ciego, que le pide su curación... Considerad lo que va á pasar entre Él y aquel pobre... Él manda que se le traigan : ¿ Qué pides de mí, amigo mío ? Se te ha rechazado, se te ha amenazado, pero héme aquí, yo mismo soy quien te hablo, ¿ qué quieres que te haga ? — Señor, dijo el pobre ciego, haced, que vea. — Pues bien, amigo mío, que así sea, mírame y ve.

*Et ait Jesus : Respice.* É incontinenti los ojos de este hombre quedan sanos, él mira y ve !... ¡ Oh pobre corazón mío, ¿ Comprendes la ternura, el amor, la bondad, la misericordia de Jesús ?... Ves ahora en cuanto sobrepuja á la del príncipe, de quien acabamos de hablar... Así es, hermanos míos, los hombres son duros, sin lástima y sin entrañas, y si hallamos en nuestra pobre naturaleza algo que mueva á compasión, esto no nos pertenece, es Dios quien nos lo ha dado. Si, él, este adorable Salvador !... ¡ Ah, esa cura del ciego de Jericó no es más que una imágen muy imperfecta de la que usa con respecto á los pobres pecadores. Si, lo digo, y con verdad, es la enseñanza del Evangelio, es la palabra de Jesús ; todas las veces que un pobre pecador, sean cuales fueren sus culpas, sus miserias ; diré más, sean cuales fueren sus iniquidades y sus crímenes, todas las veces, repito, que volviéndose hácia Jesús, haga con fé y confianza la súplica del pobre ciego de Jericó ; todas las veces que, sintiendo su miseria, vuelva á decir con humildad é insistencia : « Jesús, hijo de Dios, ten misericordia de mí, » á despecho de las reclamaciones de los Fariseos, que se acerque con confianza ; es Jesús quien le manda acercarse. *Jussit eum adduci ad se.*

Sí, que se acerque, y Jesús le hará esta pregunta : « Pobre alma querida, ¿ qué quieres de mí... ? » Y si él responde con toda sencillez, con un deseo sincero de convertirse : « Señor, yo soy un pobre ciego, haced que vea, haced que comprenda la miseria

de mi estado, la necesidad de dejar el pecado, la obligación de serviros en adelante y de seros fiel ; » lo juro por la palabra de Dios, ese pecador, cualquiera que sea, recibirá de Jesús esta respuesta : « Pobre ciego, ve. ». Y muchos pecados le serán perdonados, si su dolor y su caridad son grandes, y habrá una gran alegría en el cielo... ¡ Ah, cuánto mejor es Dios que los hombres !... El asunto es inagotable, cuando se habla de las misericordias del Señor ; y sin embargo voy á concluir, no quiero ser demasiado largo...

PERORACIÓN. Hermanos muy amados, quiero sacar dos conclusiones prácticas de las reflexiones, que acabais de oír.

Vosotros, en quienes Dios ha conservado la fé, que tenéis la dicha de ser buenos y fieles cristianos, no imitéis á esa muchedumbre insensible, que pasa ante el pobre ciego, rechazándole.

Penetraos de compasión tanto para con las miserias del cuerpo como para con los males del alma. No echeis nunca una injuria al pobre, que os tiende la mano, sea el que fuere ; si hay que usar de prudencia en hacer limosnas, esta prudencia no debe ser excesiva y degenerar en acritud, ni en orgulloso desprecio... Pero sobre todo, nosotros cristianos, no seamos Fariseos : que palpíte nuestro corazón como el del Salvador Jesús y que reproduzca sus sentimientos. Él ha amado á los pobres pecadores, entre los cuales nosotros mismos debemos contarnos. Sí, él nos ha amado hasta morir por nosotros, y cualesquiera que sean nuestras cualidades actuales, ante su santidad y su justicia, el mejor de entre nosotros pesa bien poco y no tiene gran precio. Seamos, pues, indulgentes para con los pobres pecadores. No, no seamos Fariseos, y si alguna pobre alma, aun la más miserable y desacreditada, volviere hácia el bondadoso Dios durante los días de penitencia, que van á empezar, sin murmurar, sin hacer esas reflexiones dictadas por la ignorancia y por el orgullo, bendigamos, con toda sencillez á Jesús y su misericordia. Y á vosotros, pobres pecadores, almas tan caras al corazón de Jesús, ¿ qué os diré ? Jesucristo os ama, vosotros sois ante Él pobres ciegos, dignos de compasión. No pide,

no desea Él otra cosa sino sacaros de las tinieblas y curaros de vuestra enfermedad.

¡ Ah, yo veo que desde el fondo de este tabernáculo, donde su amor le retiene; se inclina hácia vosotros con amor, él escucha, él comprende los pensamientos de vuestros corazones; él ve vuestros combates, vuestras penas y vuestros remordimientos; él espera á que le digáis desde el fondo de vuestro corazón : *Jesús, hijo de David, tened misericordia de mí.* Pobres y queridas almas, ¿ es que no se lo diréis ? ¿ Es que no deseais vuestra curación ? ¿ Es que no sentís la necesidad, que tenéis de su gracia ?

Ea pues, valor, confianza. Jesucristo es bondadoso, haced un esfuerzo durante el tiempo santo de la cuaresma, para volver á él. Y volver á Jesús, salir del estado de pecado, será para vosotros la alegría, la calma, la paz durante los días que os quedan por pasar en la tierra; despues vendrán las delicias inmortales y una felicidad sin fin, en aquella patria bienaventurada, á la que nos llama Dios, y que yo os deseo de lo más profundo de mi corazón... Amen.

## HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.

(MAT., IV, 9-11.)

**Tentación de Nuestro Señor. Por qué quiso Jesucristo ser tentado; cómo debemos conducirnos en las tentaciones.**

Texto. *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me.* Todo esto te daré, si postrándote me oras.

Exordio. En verdad, hermanos míos, el relato del Evangelio del día de hoy es bien propio para excitar nuestra admiración.

Que Jesús haya obrado milagros, curado enfermos, resucitado muertos, no nos asombramos de éllo nosotros, que creemos en su

divinidad y en su omnipotencia; que bajo la forma de parábolas, ó de otra manera, nos haya dado sublimes y saludables enseñanzas, esto nos parece digno de Él, porque había venido sobre la tierra para instruirnos; que aun se haya dignado sufrir aquella ignominiosa muerte de cruz, lo comprendemos tambien hasta cierto punto, conociendo su amor y sabiendo que venía para expiar nuestros pecados y rescatar nuestras almas. Pero que Él quisiera ser tentado por el demonio !... ¡ Oh, esto tiene algo de más sorprendente, y, sin embargo, debemos creerlo, porque hé aquí lo que nos relata el Evangelio del presente día. « Fué Jesús llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado del diablo, y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo finalmente hambre. Y llegándose entónces el tentador, le dijo : Si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en pan. Mas Jesús le respondió. Escrito está : no de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra, que sale de la boca de Dios. Entónces el diablo le condujo á la Ciudad Santa y le puso sobre el pináculo del templo. Y le dijo : Si eres Hijo de Dios, échâte abajo, porque escrito está : que ha encargado á sus Angeles que cuiden de tí, y te sostengan en sus brazos, para que no tropiece tu pié contra las piedras. Díjole Jesús : También está escrito : No tentarás al Señor tu Dios. Otra vez le llevó el Diablo á un monte muy alto, y mostrándole desde allí todos los reinos del mundo con su esplendor, le dijo : Todo esto te daré, si, postrándote, me adoras. Entónces le dijo Jesús : Retírate, Satanás, porque está escrito : Adorarás al Señor tu Dios, y á Él sólo servirás. Entónces le dejó el diablo, y he aquí que se le acercaron los Ángeles y le servían. »

Proposición. Si, hermanos míos, este poder concedido al demonio, aquellas tentaciones, que se atrevió á hacer sufrir á Nuestro Señor, son bien propias para sorprendernos y asombrarnos.

Pero, si hacemos esfuerzos para penetrar aquel misterio, veremos en éllo sin duda alguna una prueba del amor inagotable que nos tiene este adorable Salvador, y una lección útil, de que debemos sacara provebo...

División. *Primeramente.* ¿ Por qué quiso Jesús ser tentado por